

PREFACIO

Es alucinante comprar con meses de antelación el billete para aterrizar en Beirut un 13 de julio –vuelo 822 de Alitalia– y que ese día, esa misma mañana, los israelíes empiecen a bombardear el aeropuerto y el resto del Líbano.

Es alucinante seguir durante meses, por tres continentes, la memoria de siete corresponsales de guerra históricos de *La Vanguardia* y que, al llegar al último corresponsal, el único vivo y en activo, sea la guerra misma la que te esté esperando en la terminal.

Hay cosas que solo ocurren en Beirut. Hay cosas que solo ocurren con Tomás Alcoverro, el corresponsal occidental que lleva más tiempo viviendo y escribiendo desde Oriente Medio. Medio siglo. Unas diez mil crónicas y reportajes.

La guerra me esperaba en julio en Beirut, y toda guerra –como una buena madrugada de *after*– tiene sus puntos de elevación. La altura del conflicto, la distancia vertical entre el disparo y el impacto, tiene su importancia: define cómo se puede seguir viviendo o cómo se puede acabar muriendo, y determina si debemos sufrir el miedo en estricto silencio o se puede aguantar escuchando a Georges Moustaki con el volumen muy fuerte.

En el más absoluto silencio, una noche de 1976, Tomás descubrió el miedo. También era un mes de julio: el vértigo, en su caso, lo marcaban los rasgos de kaláshnikov en la calle y el ruido del ascensor subiendo por el edificio. Con las luces apagadas y arrastrándose por el suelo sin hacer el más mínimo ruido, deseando que aquellos milicianos no se detuvieran en el rellano de su piso.

Treinta años después, en aquella guerra que me había esperado en la terminal del aeropuerto, tumbado en el sofá de Tomás y leyendo aquella silenciosa crónica escrita en la oscuridad, no necesité arrastrarme por el suelo. Era absurdo preguntarse de dónde venían los proyectiles: era una guerra de máxima elevación. Los misiles venían siempre de la estratosfera, y desde el sofá contraataqué con misiles de sensualidad: puse un casete de Moustaki –sí, Tomás tiene casetes, ¡su piso es la máquina del tiempo!– en un aparato fabricado a finales de los años setenta o principios de los ochenta. ¡Funcionaba!

Avec ma gueule de métèque [¡boom!]

De Juif errante, de père grec [¡boom!]

Et mes cheveux aux quatre vents [¡boom!]

«Porque estalla en el aire como un castillo de fuegos artificiales y queda agarrada a la orilla del mar.» Seguía tumbado en el sofá leyendo viejas crónicas de Tomás como esta. «Porque es la frontera entre todos los sentimientos y eso tan superficial que son las ideas, porque es el infierno, la imaginación, la ternura y la esperanza. Porque cada día parece morirse irremisiblemente y surge después en otra aurora roja, porque todos la desahucian y nadie la arranca de su corazón, Beirut es, y no la he escogido yo, mi ciudad.»

Las canciones de Moustaki seguían impenetrables al ruido de los proyectiles israelíes y, por la tarde, Tomás llegó de Nabatieh, la ciudad chií del sur del Líbano, duramente bombardeada por la aviación israelí.

—¿Qué tal por Nabatieh? —le pregunté.

—Estoy impresionado, impresionado —respondió—. Espera, recuerdo una crónica de Nabatieh...

Localizó en su archivo la vieja crónica, me la dio, empecé a leerla y no podía creerlo...

«Vuelvo impresionado de Nabatieh», escribía Tomás el 18 de mayo de 1974 tras contemplar la ciudad bombardeada. «En un autobús baldado, un grupo de periodistas hemos hecho un viaje difícil de...

»Recorriendo, más bien dando tropiezos, por este terreno removido, agujereado y polvoriento, rodeado de elevaciones bellas y suaves, uno se entristece y se desespera.

»Un hombre se afana en buscar bajo los escombros de su habitación los cuerpos de su mujer y de sus cuatro hijos. Maúlla un gato olvidado.

»¿Cuántas casas habrán sido arrancadas? Quizás cien, quizás doscientas, quizás más. No se lo pregunto a una campesina palestina que se deja fotografiar empuñando un kaláshnikov».

Salí incrédulo al balcón, releí al aire libre el recorte de aquella *Vanguardia* de 1974 —«Información del extranjero. Beirut: La represión israelí en Líbano ha sido brutal. Crónica de nuestro corresponsal...»— y miré al cielo, seguí escuchando *Le métèque*, un cazabombardero israelí rompió la barrera del sonido y pensé que el tiempo no pasa.

Que pasamos nosotros.

Et nous ferons de chaque jour [¡booom!]
Toute une éternité d'amour [¡booom!]
Que nous vivrons à en mourir [¡booom!]

El mundo de Tomás Alcoverro, sus crónicas, es exactamente eso. La cinta de casete por encima del motor del cazabombardero. La voz de Moustaki por encima del estallido del misil. Con todos los derrumbes y con todas las auroras del mundo citándose, una y otra vez, en su balcón de Beirut.

Como él dice siempre, «moriré de emociones».

P. G.-P.

I

KALÁSHNIKOV Y SENSUALIDAD

¿Qué haces con este kaláshnikov en las manos?

No jodamos. Soy pacifista. La fotografía me la envió no hace mucho el chico que me lo puso en las manos. El mismo que me hizo la fotografía. Casi medio siglo después.

¿La magdalena de Proust, lo que despierta las sensaciones dormidas, era un kaláshnikov?

Una magdalena y un kaláshnikov pueden provocar el mismo efecto. Lo cierto es que, al ver la foto, me emocioné. Yo debía de tener treinta y dos o treinta y tres años, y la guerra del Líbano apenas empezaba sin que nadie lo supiera.

Sé de qué hablas: nadie lo creía. Nadie imaginaba que toda una generación viviría enganchada al kaláshnikov.

La guerra comienza y todo el mundo piensa que será algo que va a durar pocos días, una semana. La gente creía que la guerra se contaba por *rounds*, como los combates de boxeo. A nadie se le ocurrió que aquello duraría quince años.

El kaláshnikov sirve para matar. Es un arma.

Era el arma de los pobres. El kaláshnikov quería decir palestinos, quería decir musulmanes, quería decir prosoviéticos,

quería decir prosirios, quería decir prorevolucionarios... Hasta los cristianos de Beirut se lo hicieron suyo, y al final el kaláshnikov ya lo quería decir todo. La vida y la muerte y todo lo que hay en medio.

¿Habías tenido antes un arma en las manos?

En la milicia universitaria, cerca de Reus, habíamos dado clases y prácticas de tiro. No me gustaba nada, y muchos disparábamos rápido para pasar a otro ejercicio. Aquellos fusiles no me produjeron ninguna emoción. Este kaláshnikov es diferente. Este kaláshnikov es muchas cosas.

Para empezar, es el chico que te lo puso en las manos.

Se llamaba Hassan, era libanés y suní, debía de tener unos veinte años. Vivía aquí, en Beirut Oeste. Un chico al que yo amaba, y apareció un día en casa con un kaláshnikov. Un poco para jugar, me lo puso en las manos y me hizo esa foto.

¿El chico a quién disparaba?

Él decía que era guardaespaldas de Yasser Arafat, el líder de la Organización para la Liberación de Palestina. En Beirut todo era posible, y todavía lo es, ¿sabes?

Háblame de Hassan.

Creo que le conocí en la playa. Tenía una relación muy agradable con él ya antes de que empezara la guerra. Lleva muchos años viviendo en Cataluña, donde se casó. Es un hombre que ha quedado muy marcado por esta adolescencia guerrillera que marcó a tanta gente en Beirut.

Era libanés y propalestino. Explícanoslo.

Él pertenecía a la comunidad de los musulmanes suníes. No le recuerdo religioso. Como suní y como musulmán, se sentía incómodo con los maronitas, los cristianos del Líbano, a los que veía como unos vendidos en Occidente, que han olvidado su identidad. En aquel Líbano todas las comunidades tenían sus propias milicias: los drusos, los cristianos, los chiíes... Los suníes, no.

Y los suníes instrumentalizaron el movimiento propalestino para ir contra los cristianos. Muy de Beirut, ¿no?

Exacto. O también a la inversa: los palestinos se aprovechaban del poder y del dinero de los suníes. La fotografía del kaláshnikov es justo de ese momento inicial, y el kaláshnikov seguiría apareciendo en todos los momentos de la guerra.

¿Este fusil de asalto es tu primer contacto con la violencia en Oriente Medio?

Con las manos sí, el primer contacto. Lo que pasa es que yo no disparé... ja, ja, ja... Era también, si quieres, para sacar pecho. En aquella época no se tomaban tantas imágenes ni se exhibían tanto como ahora. Es una fotografía extraña y que cuenta muchas cosas.

Explica cómo una sociedad puede acostarse con la guerra.

Ellos pensaban que Beirut podría ser el Mónaco de Oriente Medio, y no fue Mónaco. Se acostumbraron a vivir con la violencia y la incertidumbre. Y con la intensidad. Ante un mundo tan amenazador, la manera en la que los libaneses aprovechaban los buenos momentos de la vida escandalizaba a la gente de fuera. Aquí, entre matanzas, se hacían fiestas que podían

costar cientos y miles de dólares. Cochazos, cirugía estética, gente presumida... Claro, hablo de la gente más afortunada. ¡Esto escandaliza tanto a los occidentales! Los libaneses tienen una naturaleza que les ha hecho impermeables a tanta injusticia y a tanto fracaso.

No quieren que la guerra infinita les estropee la vida finita.

Sí, y eso me ha atraído, me atrae y me da vida. ¡Aprovecha la vida, que te rodean kaláshnikovs!

Pero les da placer.

Está todo atado. Estamos aquí, entre la violencia y la sensualidad. La actitud que he tomado en Líbano es: puesto que la violencia nos cae irremediablemente encima, hagamos que la sensualidad, que sale de dentro, nos gane y nos haga vivir lo mejor posible y hasta donde podamos. Creo que está muy bien.

¿Tan atado está todo?

No existe una separación. Hassan, por ejemplo, hacía esto. Tenía unos horarios para disparar con el kaláshnikov como un trabajador a sueldo y luego íbamos a la playa o me venía a ver. Sin que esto quiera decir que esa gente no tuviera sus ideales y anhelos de justicia. La sensualidad no quita poder ni tiempo a la violencia. Más bien a la inversa: la sensualidad se hace aún más poderosa cuando convive con la violencia. La violencia es una especie de estímulo para llegar al otro lado.

¿El otro lado es el amor?

Te confiaré un pensamiento que solía verbalizar cuando la guerra se eternizaba: «La guerra del Líbano terminará cuando

combatientes musulmanes y combatientes cristianos hagan el amor entre ellos». Ja, ja, ja... Te lo prometo. No podemos ser tontos y cometer el error de ver a esta gente como si fueran muñecos.

Todo el mundo tiene un alma, un cuerpo y unos anhelos.

Es lo que puede oír hoy un miliciano chií de Beirut: «Yo no soy ningún imbécil, no voy a pasarme la vida siguiendo instrucciones. Quiero hacer mi vida, lo que ocurre es que estoy en un barrio chií y mis posibilidades son muy pequeñas. Pero dentro de este mundo intento salir adelante, no creas que soy solo un instrumento de la gran política iraní de dominio de Oriente Medio para ir contra Estados Unidos»...

Durante décadas has descrito la violencia que ejercían o sentían los demás. ¿Cómo has dominado tus sentimientos violentos?

Ahora me has dicho algo que me ha impresionado mucho. Yo no tengo sentimientos violentos. No los noto. Quizás los tengo, pero no los noto.

Con aquel kaláshnikov tuviste la guerra en las manos por primera vez. Y en el alma, ¿cuándo la tuviste por primera vez?

No mucho después, una noche de julio de 1976. Mientras dormía en casa.

El sueño y la guerra, juntos, son muy raros.

Dormía profundamente y dos explosiones tremendas me despertaron. Me arrastré por el suelo hasta el vestíbulo. Lejos de los balcones. Empezaron a oírse disparos de fusil tan cerca que creía que disparaban desde el portal del edificio. Arrastrándome, volví al dormitorio y me metí debajo de la cama.

Pero el tiroteo se intensificó hacia la parte trasera del edificio, donde estaba el dormitorio, y me arrastré otra vez hasta el vestíbulo. De repente, gritos del portero y ruido del ascensor que subía. Se me hizo eterno. ¿Se detendría en mi rellano?

La guerra vino hacia ti en ascensor.

Yo aguantaba la respiración mientras el ascensor iba subiendo. Piso a piso. ¿Sabes cuando algo se te hace infinito?

¿Dónde se detuvo?

En el ático. Justo encima de mi dormitorio instalaron ametralladoras y empezaron a disparar. Un ruido espantoso.

¿Allí descubriste el miedo?

Sí. En el ruido de un ascensor subiendo.

¿Qué recuerdas del día siguiente?

Un amigo que vivía cerca. Cuatro balas habían entrado en el salón de su casa y habían agujereado las cortinas. Venía a despedirse. Huía en coche hacia Siria.

¿Cómo te despides en un momento así?

Me apretó la mano diciendo: «En Beirut hemos cometido muchas imprudencias».

¿Quedaban quince años de imprudencias!

Quedaba todo.